

Capítulo II

LA REVOLUCIÓN MUNDIAL

Al mismo tiempo [Bujarin] añadió: «Creo que se ha iniciado un período de revolución que puede durar y extenderse al mundo entero».

ARTHUR RANSOME, *Six Weeks in Russia in 1919* (1919, p. 54)

Qué terrible resulta la lectura del poema de Shelley (por no hablar de las canciones campesinas egipcias de hace tres mil años) denunciando la opresión y la explotación. Quienes lo lean en un futuro todavía dominado por la opresión y la explotación, afirmarán: «Ya en aquel tiempo...».

BERTOLT BRECHT después de haber leído «The Masque of Anarchy» de Shelley, en 1938 (Brecht, 1964)

Después de la revolución francesa ha tenido lugar en Europa una revolución rusa, que una vez más ha enseñado al mundo que incluso los invasores más fuertes pueden ser rechazados cuando el destino de la patria está verdaderamente en manos de los pobres, los humildes, los proletarios y el pueblo trabajador.

Del periódico mural de la / 9 Brigata Ensebno Giambone de los partisanos italianos, 1944 (Pavone, 1991, p. 406)

La revolución fue hija de la guerra del siglo xx: de manera particular, la revolución rusa de 1917 que dio origen a la Unión Soviética, convertida en una superpotencia cuando se inició la segunda fase de la guerra de los Treinta y Un Años, pero más en general, la revolución como constante mundial en la historia del siglo. La guerra por sí sola no desencadena inevitablemente la crisis, la ruptura y la revolución en los países beligerantes. De hecho, hasta 1914 se creía lo contrario, al menos respecto de los regímenes establecidos

que gozaban de legitimidad tradicional. Napoleón I se lamentaba amargamente de que, mientras el emperador de Austria había sobrevivido a tantas guerras perdidas y el rey de Prusia había salido indemne del desastre militar que le había hecho perder la mitad de sus territorios, él, hijo de la revolución francesa, se veía en peligro a la primera derrota. Sin embargo, el peso de la guerra total del siglo xx sobre los estados y las poblaciones involucrados en ella fue tan abrumador que los llevó al borde del abismo. Sólo Estados Unidos salió de las guerras mundiales intacto y hasta más fuerte. En todos los demás países el fin de los conflictos desencadenó agitación.

Parecía evidente que el viejo mundo estaba condenado a desaparecer. La vieja sociedad, la vieja economía, los viejos sistemas políticos, habían «perdido el mandato del cielo», según reza el proverbio chino. La humanidad necesitaba una alternativa que ya existía en 1914. Los partidos socialistas, que se apoyaban en las clases trabajadoras y se inspiraban en la convicción de la inevitabilidad histórica de su victoria, encarnaban esa alternativa en la mayor parte de los países europeos (véase *La era del imperio*, capítulo 5). Parecía que sólo hacía falta una señal para que los pueblos se levantaran a sustituir el capitalismo por el socialismo, transformando los sufrimientos sin sentido de la guerra mundial en un acontecimiento de carácter más positivo: los dolores y convulsiones intensos del nacimiento de un nuevo mundo; Fue la revolución rusa —o, más exactamente, la revolución bolchevique— de octubre de 1917 la que lanzó esa señal al mundo, convirtiéndose así en un acontecimiento tan crucial para la historia de este siglo como lo fuera la revolución francesa de 1789 para el devenir del siglo xix. No es una mera coincidencia que la historia del siglo xx, según ha sido delimitado en este libro, coincida prácticamente con el ciclo vital del estado surgido de la revolución de octubre.

Las repercusiones de la revolución de octubre fueron mucho más profundas y generales que las de la revolución francesa, pues si bien es cierto que las ideas de ésta siguen vivas cuando ya ha desaparecido el bolchevismo, las consecuencias prácticas de los sucesos de 1917 fueron mucho mayores y perdurables que las de 1789. La revolución de octubre originó el movimiento revolucionario de mayor alcance que ha conocido la historia moderna. Su expansión mundial no tiene parangón desde las conquistas del islam en su primer siglo de existencia. Sólo treinta o cuarenta años después de que Lenin llegara a la estación de Finlandia en Petrogrado, un tercio de la humanidad vivía bajo regímenes que derivaban directamente de «los diez días que estremecieron el mundo» (Reed, 1919) y del modelo organizativo de Lenin, el Partido Comunista. La mayor parte de esos regímenes se ajustaron al modelo de la URSS en la segunda oleada revolucionaria que siguió a la conclusión de la segunda fase de la larga guerra mundial de 1914-1945. Este capítulo se ocupa de esa doble marea revolucionaria, aunque naturalmente centra su atención en la revolución original y formativa de 1917 y en las pautas que estableció para las revoluciones posteriores, cuya evolución dominó en gran medida.

Durante una gran parte del siglo xx, el comunismo soviético pretendió ser un sistema alternativo y superior al capitalismo, destinado por la historia a superarlo. Y durante una gran parte del período, incluso muchos de quienes negaban esa superioridad albergaron serios temores de que resultara vencedor. Al mismo tiempo, desde la revolución de octubre, la política internacional ha de entenderse, con la excepción del período 1933-1945 (véase el capítulo V), como la lucha secular de las fuerzas del viejo orden contra la revolución social, a la que se asociaba con la Unión Soviética y el comunismo internacional, que se suponía que la encarnaban y dirigían.

A medida que avanzaba el siglo xx, esa imagen de la política mundial como un enfrentamiento entre las fuerzas de dos sistemas sociales antagónicos (cada uno de ellos movilizado, desde 1945, al amparo de una superpotencia que poseía las armas de la destrucción del mundo) fue haciéndose cada vez más irreal. En los años ochenta tenía tan poca influencia sobre la política internacional como pudieran tenerla las cruzadas. Sin embargo, no es difícil comprender cómo llegó a tomar cuerpo. En efecto, la revolución de octubre se veía a sí misma, más incluso que la revolución francesa en su fase jacobina, como un acontecimiento de índole ecuménica más que nacional. Su finalidad no era instaurar la libertad y el socialismo en Rusia, sino llevar a cabo la revolución proletaria mundial. A los ojos de Lenin y de sus camaradas, la victoria del bolchevismo en Rusia era ante todo una batalla en la campaña que garantizaría su triunfo a escala universal, y esa era su auténtica justificación.

Cualquier observador atento del escenario mundial comprendía desde 1870 (véase *La era del imperio*, capítulo 12) que la Rusia zarista estaba madura para la revolución, que la merecía y que una revolución podía derrocar al zarismo. Y desde que en 1905-1906 la revolución pusiera de rodillas al zarismo, nadie dudaba ya de ello. Algunos historiadores han sostenido posteriormente que, de no haber sido por los «accidentes» de la primera guerra mundial y la revolución bolchevique, la Rusia zarista habría evolucionado hasta convertirse en una floreciente sociedad industrial liberal-capitalista, y que de hecho ya había iniciado ese proceso, pero sería muy difícil encontrar antes de 1914 profecías que vaticinaran ese curso de los acontecimientos. De hecho, apenas se había recuperado el régimen zarista de la revolución de 1905 cuando, indeciso e incompetente como siempre, se encontró una vez más acosado por una oleada creciente de descontento social. Durante los meses anteriores al comienzo de la guerra, el país parecía una vez más al borde de un estallido, sólo conjurado por la sólida lealtad del ejército, la policía y la burocracia. Como en muchos de los países beligerantes, el entusiasmo y el patriotismo que embargaron a la población tras el inicio de la guerra enmascararon la situación política, aunque en el caso de Rusia no por mucho tiempo. En 1915, los problemas del gobierno del zar parecían de nuevo insu-

nerables. La revolución de marzo de 1917,¹ que derrocó a la monarquía rusa, fue un acontecimiento esperado, recibido con alborozo por toda la opinión política occidental, si se exceptúan los más furibundos reaccionarios tradicionalistas.

Pero también daba todo el mundo por sentado, salvo los espíritus románticos convencidos de que las prácticas colectivistas de las aldeas rusas conducían directamente a un futuro socialista, que la revolución rusa no podía ser, y no sería, socialista. No se daban las condiciones para una transformación de esas características en un país agrario marcado por la pobreza, la ignorancia y el atraso y donde el proletariado industrial, que Marx veía como el enterrador predestinado del capitalismo, sólo era una minoría minúscula, aunque gozara de una posición estratégica. Los propios revolucionarios marxistas rusos compartían ese punto de vista. El derrocamiento del zarismo y del sistema feudal sólo podía desembocar en una «revolución burguesa». La lucha de clases entre la burguesía y el proletariado (que, según Marx, sólo podía tener un resultado) continuaría, pues, bajo nuevas condiciones políticas. Naturalmente, como Rusia no vivía aislada del resto del mundo, el estallido de una revolución en ese país enorme, que se extendía desde las fronteras del Japón a las de Alemania y que era una de las «grandes potencias» que dominaban la escena mundial, tendría importantes repercusiones internacionales. El propio Karl Marx creía, al final de su vida, que una revolución rusa podía ser el detonador que hiciera estallar la revolución proletaria en los países occidentales más industrializados, donde se daban las condiciones para el triunfo de la revolución socialista proletaria. Como veremos, al final de la primera guerra mundial parecía que eso era precisamente lo que iba a ocurrir.

Sólo existía una complicación. Si Rusia no estaba preparada para la revolución socialista proletaria que preconizaba el marxismo, tampoco lo estaba para la «revolución burguesa» liberal. Incluso los que se contentaban con esta última debían encontrar un procedimiento mejor que el de apoyarse en las débiles y reducidas fuerzas de la clase media liberal de Rusia, una pequeña capa de la población que carecía de prestigio moral, de apoyo público y de una tradición institucional de gobierno representativo en la que pudiera encajar. Los cadetes, el partido del liberalismo burgués, sólo poseían el 2,5 por 100 de los diputados en la Asamblea Constitucional de 1917-1918, elegida libremente, y disuelta muy pronto. Parecían existir dos posibilidades: o se implantaba en Rusia un régimen burgués-liberal con el levantamiento de los campesinos y los obreros (que desconocían en qué con-

1. Como en Rusia estaba en vigor el calendario juliano, retrasado trece días con respecto al calendario gregoriano vigente en el resto del mundo cristiano u occidentalizado, la revolución de febrero ocurrió realmente en marzo, y la revolución de octubre, el 7 de noviembre. P^oe la revolución de octubre la que reformó el calendario ruso, al igual que la ortografía. Eso demuestra la profundidad de su impacto, pues es bien sabido que suele ser necesario un auténtico terremoto sociopolítico para implantar pequeños cambios de esa índole. La consecuencia más duradera y universal de la revolución francesa fue precisamente la implantación del sistema métrico.

sistía ese tipo de régimen y a los que tampoco les importaba) bajo la dirección de unos partidos revolucionarios que aspiraban a conseguir algo más, o —y esta segunda hipótesis parecía más probable— las fuerzas revolucionarias iban más allá de la fase burguesa-liberal hacia una «revolución permanente» más radical (según la fórmula enunciada por Marx que el joven Trotsky había recuperado durante la revolución de 1905). En 1917, Lenin, que en 1905 sólo pensaba en una Rusia democrático-burguesa, llegó desde el principio a una conclusión realista: no era el momento para una revolución liberal. Sin embargo, veía también, como todos los demás marxistas, rusos y no rusos, que en Rusia no se daban las condiciones para la revolución *socialista*. Los marxistas revolucionarios rusos consideraban que su revolución *tenía* que difundirse hacia otros lugares.

Eso parecía perfectamente factible, porque la gran guerra concluyó en medio de una crisis política y revolucionaria generalizada, particularmente en los países derrotados. En 1918, los cuatro gobernantes de los países derrotados (Alemania, Austria-Hungría, Turquía y Bulgaria) perdieron el trono, además del zar de Rusia, que ya había sido derrocado en 1917, después de ser derrotado por Alemania. Por otra parte, los disturbios sociales, que en Italia alcanzaron una dimensión casi revolucionaria, también sacudieron a los países beligerantes europeos del bando vencedor.

Ya hemos visto que las sociedades de la Europa beligerante comenzaron a tambalearse bajo la presión extraordinaria de la guerra en masa. La exaltación inicial del patriotismo se había apagado y en 1916 el cansancio de la guerra comenzaba a dejar paso a una intensa y callada hostilidad ante una matanza aparentemente interminable e inútil a la que nadie parecía estar dispuesto a poner fin. Mientras en 1914 los enemigos de la guerra se sentían impotentes y aislados, en 1916 creían hablar en nombre de la mayoría. Que la situación había cambiado espectacularmente quedó demostrado cuando el 28 de octubre de 1916 Friedrich Adler, hijo del líder y fundador del partido socialista austríaco, asesinó a sangre fría al primer ministro austríaco, conde Stürgkh, en un café de Viena —no existían todavía los guardaespaldas— en un gesto público de rechazo de la guerra.

El sentimiento antibelicista reforzó la influencia política de los socialistas, que volvieron a encarnar progresivamente la oposición a la guerra que había caracterizado sus movimientos antes de 1914. De hecho, algunos partidos (por ejemplo, los de Rusia, Serbia y Gran Bretaña —el Partido Laborista Independiente—) nunca dejaron de oponerse a ella, y aun en los países en los que los partidos socialistas la apoyaron, sus enemigos más acérrimos se hallaban en sus propias filas.² Al mismo tiempo, el movimiento obrero organizado de las grandes industrias de armamento pasó a ser el centro de la militancia industrial y antibelicista en los principales países beligerantes. Los

2. En 1917, los socialistas alemanes se enfrentaron a propósito del tema de la guerra. La mayoría del partido (SPD) continuó apoyándola, pero una fracción importante, contraria a la guerra, se escindió y constituyó el Partido Socialdemócrata Alemán Independiente (USPD).

activistas sindicales de base en esas fábricas, hombres preparados que disfrutaban de una fuerte posición (*shop stewards* en Gran Bretaña; *Betriebsobleute* en Alemania), se hicieron célebres por su radicalismo. Los artificieros y mecánicos de los nuevos navios dotados de alta tecnología, verdaderas fábricas flotantes, adoptaron la misma actitud. Tanto en Rusia como en Alemania, las principales bases navales (Kronstadt, Kiel) iban a convertirse en núcleos revolucionarios importantes y, años más tarde, un motín de la marinería francesa en el mar Negro impediría la intervención militar de Francia contra los bolcheviques en la guerra civil rusa de 1918-1920. Así, la oposición contra la guerra adquirió una expresión concreta y encontró protagonistas dispuestos a manifestarla. No puede extrañar que los censores de Austria-Hungría, que supervisaban la correspondencia de sus tropas, comenzaran a advertir un cambio en el tono de las cartas. Expresiones como «si Dios quisiera que retornara la paz» dejaron paso a frases del tipo «Ya estamos cansados» o incluso «Dicen que los socialistas van a traer la paz».

No es extraño, pues (también según los censores del imperio de los Habsburgo), que la revolución rusa fuera el primer acontecimiento político desde el estallido de la guerra del que se hacían eco incluso las cartas de las esposas de los campesinos y trabajadores. No ha de sorprender tampoco que, especialmente después de que la revolución de octubre instalara a los bolcheviques de Lenin en el poder, se mezclaran los deseos de paz y revolución social: de las cartas censuradas entre noviembre de 1917 y marzo de 1918, un tercio expresaba la esperanza de que Rusia trajera la paz, un tercio esperaba que lo hiciera la revolución y el 20 por 100 confiaba en una combinación de ambas cosas. Nadie parecía dudar de que la revolución rusa tendría importantes repercusiones internacionales. Ya la primera revolución de 1905-1906 había hecho que se tambalearan los cimientos de los viejos imperios sobrevivientes, desde Austria-Hungría a China, pasando por Turquía y Persia (véase *La era del imperio*, capítulo 12). En 1917, Europa era un gran polvorín de explosivos sociales cuya detonación podía producirse en cualquier momento.

II

Rusia, madura para la revolución social, cansada de la guerra y al borde de la derrota, fue el primero de los regímenes de Europa central y oriental que se hundió bajo el peso de la primera guerra mundial. La explosión se esperaba, aunque nadie pudiera predecir en qué momento se produciría. Pocas semanas antes de la revolución de febrero, Lenin se preguntaba todavía desde su exilio en Suiza si viviría para verla. De hecho, el régimen zarista sucumbió cuando a una manifestación de mujeres trabajadoras (el 8 de marzo, «día de la mujer», que celebraba habitualmente el movimiento socialista) se sumó el cierre industrial en la fábrica metalúrgica Putilov, cuyos trabajadores destacaban por su militancia, para desencadenar una huelga general y

la invasión del centro de la capital, cruzando el río helado, con el objetivo fundamental de pedir pan. La fragilidad del régimen quedó de manifiesto cuando las tropas del zar, incluso los siempre leales cosacos, dudaron primero y luego se negaron a atacar a la multitud y comenzaron a fraternizar con ella. Cuando se amotinaron, después de cuatro días caóticos, el zar abdicó, siendo sustituido por un «gobierno provisional» que gozó de la simpatía e incluso de la ayuda de los aliados occidentales de Rusia, temerosos de que su situación desesperada pudiera inducir al régimen zarista a retirarse de la guerra y a firmar una paz por separado con Alemania. Cuatro días de anarquía y de manifestaciones espontáneas en las calles bastaron para acabar con un imperio.³ Pero eso no fue todo: Rusia estaba hasta tal punto preparada para la revolución social que las masas de Petrogrado consideraron inmediatamente la caída del zar como la proclamación de la libertad universal, la igualdad y la democracia directa. El éxito extraordinario de Lenin consistió en pasar de ese incontrolable y anárquico levantamiento popular al poder bolchevique.

Por consiguiente, lo que sobrevino no fue una Rusia liberal y constitucional occidentalizada y decidida a combatir a los alemanes, sino un vacío revolucionario: un impotente «gobierno provisional» por un lado y, por el otro, una multitud de «consejos» populares (soviets) que surgían espontáneamente en todas partes como las setas después de la lluvia.⁴ Los soviets tenían el poder (o al menos el poder de veto) en la vida local, pero no sabían qué hacer con él ni qué era lo que se podía o se debía hacer. Los diferentes partidos y organizaciones revolucionarios —bolcheviques y mencheviques socialdemócratas, socialrevolucionario y muchos otros grupos menores de la izquierda, que emergieron de la clandestinidad— intentaron integrarse en esas asambleas para coordinarlas y conseguir que se adhieran a su política, aunque en un principio sólo Lenin las consideraba como una alternativa al gobierno («todo el poder para los soviets»). Sin embargo, lo cierto es que cuando se produjo la caída del zar no eran muchos los rusos que supieran qué representaban las etiquetas de los partidos revolucionarios o que, si lo sabían, pudieran distinguir sus diversos programas. Lo que sabían era que ya no aceptaban la autoridad, ni siquiera la autoridad de los revolucionarios que afirmaban saber más que ellos.

La exigencia básica de la población más pobre de los núcleos urbanos era conseguir pan, y la de los obreros, obtener mayores salarios y un horario de trabajo más reducido. Y en cuanto al 80 por 100 de la población rusa que

3. El costo humano fue mayor que el de la revolución de octubre pero relativamente modesto: 53 oficiales, 602 soldados, 73 policías y 587 ciudadanos heridos o muertos (W. H. Chamberlin, 1965, vol. I, p. 85).

4. Dichos «consejos», que se basaban en la experiencia de las comunidades aldeanas rusas dotadas de autogobierno, surgieron como entidades políticas entre los trabajadores de las fábricas durante la revolución de 1905. Dado que los trabajadores organizados estaban familiarizados con las asambleas de delegados elegidos directamente, que apelaban a su sentimiento intrínseco de democracia, el término «soviet», traducido en ocasiones, aunque no siempre, a las lenguas locales (consejos; *rate*), tenía una gran fuerza internacional.

vivía de la agricultura, lo que quería era, como siempre, la tierra. Todos compartían el deseo de que concluyera la guerra, aunque en un principio los campesinos-soldados que formaban el grueso del ejército no se oponían a la guerra como tal, sino a la dureza de la disciplina y a los malos tratos a que les sometían los otros rangos del ejército. El lema «pan, paz y tierra» suscitó cada vez más apoyo para quienes lo propugnaban, especialmente para los bolcheviques de Lenin, cuyo número pasó de unos pocos miles en marzo de 1917 a casi 250.000 al inicio del verano de ese mismo año. Contra lo que sustentaba la mitología de la guerra fría, que veía a Lenin esencialmente como a un organizador de golpes de estado, el único activo real que tenían él y los bolcheviques era el conocimiento de lo que querían las masas, lo que les indicaba cómo tenían que proceder. Por ejemplo, cuando comprendió que, aun en contra del programa socialista, los campesinos deseaban que la tierra se dividiera en explotaciones familiares, Lenin no dudó por un momento en comprometer a los bolcheviques en esa forma de individualismo económico.

En cambio, el gobierno provisional y sus seguidores fracasaron al no reconocer su incapacidad para conseguir que Rusia obedeciera sus leyes y decretos. Cuando los empresarios y hombres de negocios intentaron restablecer la disciplina laboral, lo único que consiguieron fue radicalizar las posturas de los obreros. Cuando el gobierno provisional insistió en iniciar una nueva ofensiva militar en junio de 1917, el ejército se negó y los soldados-campesinos regresaron a sus aldeas para participar en el reparto de la tierra. La revolución se difundió a lo largo de las vías del ferrocarril que los llevaba de regreso. Aunque la situación no estaba madura para la caída inmediata del gobierno provisional, a partir del verano se intensificó la radicalización en el ejército y en las principales ciudades, y eso favoreció a los bolcheviques. El campesinado apoyaba abrumadoramente a los herederos de los *narodniks* (véase *La era del capitalismo*, capítulo 9), los socialrevolucionarios, aunque en el seno de ese partido se formó un ala izquierda más radical que se aproximó a los bolcheviques, con los que gobernó durante un breve período tras la revolución de octubre.

El afianzamiento de los bolcheviques —que en ese momento constituía esencialmente un partido obrero— en las principales ciudades rusas, especialmente en la capital, Petrogrado, y en Moscú, y su rápida implantación en el ejército, entrañó el debilitamiento del gobierno provisional, sobre todo cuando en el mes de agosto tuvo que recabar el apoyo de las fuerzas revolucionarias de la capital para sofocar un intento de golpe de estado contrarrevolucionario encabezado por un general monárquico. El sector más radicalizado de sus seguidores impulsó entonces a los bolcheviques a la toma del poder. En realidad, llegado el momento, no fue necesario tomar el poder, sino simplemente ocuparlo. Se ha dicho que el número de heridos fue mayor durante el rodaje de la gran película de Eisenstein *Octubre* (1927) que en el momento de la ocupación real del Palacio de Invierno el 7 de noviembre de 1917. El

gobierno provisional, al que ya nadie defendía, se disolvió como una burbuja en el aire.

Desde que se tuvo la seguridad de que se produciría la caída del gobierno provisional hasta la actualidad, la revolución de octubre ha estado envuelta en polémicas, las más de las veces mitificadoras. Lo importante no es si, como afirman los historiadores anticomunistas, lo que ocurrió fue un golpe de estado perpetrado por Lenin, un personaje eminentemente antidemocrático, sino quién o qué debía o podía seguir a la caída del gobierno provisional. Desde principios de septiembre, Lenin no sólo se esforzó en convencer a los elementos más dubitativos de su partido de que el poder podía escaparse si no lo tomaban mediante una acción planificada durante el breve espacio de tiempo en que estaría a su alcance, sino también, y con el mismo interés, de responder a la pregunta: «¿pueden los bolcheviques conservar el poder del estado?», en caso de que lo ocuparan. En definitiva, ¿qué podía hacer *cualquiera* que quisiera gobernar la erupción volcánica de la Rusia revolucionaria? Ningún partido, aparte de los bolcheviques de Lenin, estaba preparado para afrontar esa responsabilidad por sí solo y el panfleto de Lenin sugiere que no todos los bolcheviques estaban tan decididos como él. Dada la favorable situación política existente en Petrogrado, en Moscú y en el ejército del norte, no era fácil decidir si se debía tomar el poder *en ese momento* o esperar a nuevos acontecimientos. La contrarrevolución militar no había hecho sino comenzar. El gobierno, desesperado, en lugar de dejar paso a los soviets podía entregar Petrogrado al ejército alemán, que se hallaba ya en la frontera septentrional de la actual Estonia, es decir, a pocos kilómetros de la capital. Además, Lenin raramente volvía la espalda a las situaciones más difíciles. Si los bolcheviques no aprovechaban el momento, «podía desencadenarse una verdadera anarquía, más fuerte *de lo que somos nosotros*». En último extremo, la argumentación de Lenin tenía que convencer a su partido. Si un partido revolucionario no tomaba el poder cuando el momento y las masas lo exigían, ¿en qué se diferenciaba de un partido no revolucionario?

Lo más problemático era la perspectiva a largo plazo, incluso en el supuesto de que una vez tomado el poder en Petrogrado y Moscú fuera posible extenderlo al resto de Rusia y conservarlo frente a la anarquía y la contrarrevolución. El programa de Lenin, de comprometer al nuevo gobierno soviético (es decir, básicamente el partido bolchevique) en la «transformación socialista de la república rusa» suponía apostar por la mutación de la revolución rusa en una revolución mundial, o al menos europea. ¿Quién —preguntaba Lenin frecuentemente— podía imaginar que la victoria del socialismo «pudiera producirse ... excepto mediante la destrucción total de la burguesía rusa y europea»? Entretanto, la tarea principal, la única en realidad, de los bolcheviques era la de mantenerse. El nuevo régimen apenas hizo otra cosa por el socialismo que declarar que el socialismo era su objetivo, ocupar los bancos y declarar el «control obrero» sobre la gestión de las empresas, es decir, oficializar lo que habían ido haciendo desde que estallara la revolu-

ción, mientras urgía a los obreros que mantuvieran la producción. No tenía otra cosa que decirles.⁵

El nuevo régimen se mantuvo. Sobrevivió a una dura paz impuesta por Alemania en Brest-Litovsk, unos meses antes de que los propios alemanes fueran derrotados, y que supuso la pérdida de Polonia, las provincias del Báltico, Ucrania y extensos territorios del sur y el oeste de Rusia, así como, *de peto*, de Transcaucasia (Ucrania y Transcaucasia serían recuperadas). Por su parte, los aliados no vieron razón alguna para comportarse con más generosidad con el centro de la subversión mundial. Diversos ejércitos y regímenes contrarrevolucionarios («blancos») se levantaron contra los soviets, financiados por los aliados, que enviaron a suelo ruso tropas británicas, francesas, norteamericanas, japonesas, polacas, serbias, griegas y rumanas. En los peores momentos de la brutal y caótica guerra civil de 1918-1920, la Rusia soviética quedó reducida a un núcleo cercado de territorios en el norte y el centro, entre la región de los Urales y los actuales estados del Báltico, además del pequeño apéndice de Leningrado, que apunta al golfo de Finlandia. Los únicos factores de peso que favorecían al nuevo régimen, mientras creaba de la nada un ejército a la postre vencedor, eran la incompetencia y división que reinaban entre las fuerzas «blancas», su incapacidad para ganar el apoyo del campesinado ruso y la bien fundada sospecha de las potencias occidentales de que era imposible organizar adecuadamente a esos soldados y marineros levantiscos para luchar contra los bolcheviques. La victoria de éstos se había consumado a finales de 1920.

Ar.í pues, y contra lo esperado, la Rusia soviética sobrevivió. Los bolcheviques extendieron su poder y lo conservaron, no sólo durante más tiempo del que había durado la Comuna de París de 1871 (como observó con orgullo y alivio Lenin una vez transcurridos dos meses y quince días), sino a lo largo de varios años de continuas crisis y catástrofes: la conquista de los alemanes y la dura paz que les impusieron, las secesiones regionales, la contrarrevolución, la guerra civil, la intervención armada extranjera, el hambre y el hundimiento económico. La única estrategia posible consistía en escoger, día a día, entre las decisiones que podían asegurar la supervivencia y las que podían llevar al desastre inmediato. ¿Quién iba a preocuparse de las consecuencias que pudieran tener para la revolución, a largo plazo, las decisiones que había que tomar *en ese momento*, cuando el hecho de no adoptarlas supondría liquidar la revolución y haría innecesario tener que analizar, en el futuro, cualquier posible consecuencia? Uno tras otro se dieron los pasos necesarios y cuando la nueva república soviética emergió de su agonía, se descubrió que conducían en una dirección muy distinta de la que había previsto Lenin en la estación de Finlandia.

5. «Les dije: haced lo que queráis, tomad cuanto queráis, os apoyaremos, pero cuidad la producción, tened en cuenta que la producción es útil. Haced un trabajo útil; cometeréis errores. Pero aprenderéis» (Lenin, *Informe sobre las actividades del consejo de los comisarios del pueblo*, 11/24 de enero de 1918. Lenin, 1970. p. 551).

Sea como fuere, la revolución sobrevivió por tres razones principales. En primer lugar, porque contaba con un instrumento extraordinariamente poderoso, un Partido Comunista con 600.000 miembros, fuertemente centralizado y disciplinado. Ese modelo organizativo, propagado y defendido incansablemente por Lenin desde 1902, tomó forma después del movimiento insurreccional. Prácticamente todos los regímenes revolucionarios del siglo xx adoptarían una variante de ese modelo. En segundo lugar, era, sin duda, el *único* gobierno que podía y quería mantener a Rusia unida como un estado, y para ello contaba con un considerable apoyo de otros grupos de patriotas rusos (políticamente hostiles en otros sentidos), como la oficialidad, sin la cual habría sido imposible organizar el nuevo ejército rojo. Para esos grupos, como para el historiador que considera los hechos de manera retrospectiva, en 1917-1918 no había que elegir entre una Rusia liberal-democrática o una Rusia no liberal, sino entre Rusia y la desintegración, destino al que estaban abocados los otros imperios arcaicos y derrotados, esto es, Austria-Hungría y Turquía. Frente a lo ocurrido en ellos, la revolución bolchevique preservó en su mayor parte la unidad territorial multinacional del viejo estado zarista, al menos durante otros setenta y cuatro años. La tercera razón era que la revolución había permitido que el campesinado ocupara la tierra. En el momento decisivo, la gran masa de campesinos rusos —el núcleo del estado y de su nuevo ejército— consideró que sus oportunidades de conservar la tierra eran mayores si se mantenían los rojos que si el poder volvía a manos de la nobleza. Eso dio a los bolcheviques una ventaja decisiva en la guerra civil de 1918-1920. Los hechos demostrarían que los campesinos rusos eran demasiado optimistas.

III

La revolución mundial que justificaba la decisión de Lenin de implantar en Rusia el socialismo no se produjo y ese hecho condenó a la Rusia soviética a sufrir, durante una generación, los efectos de un aislamiento que aumentó su pobreza y su atraso. Las opciones de su futuro desarrollo quedaban así determinadas, o al menos fuertemente condicionadas (véanse los capítulos XIII y XVI). Sin embargo, una oleada revolucionaria barrió el planeta en los dos años siguientes a la revolución de octubre y las esperanzas de los bolcheviques, prestos para la batalla, no parecían irreales. «Völker hort die Signale» («Pueblos, escuchad las señales») era el primer verso de la *Internacional* en alemán. Las señales llegaron, altas y claras, desde Petrogrado y, cuando la capital fue transferida a un lugar más seguro en 1918, desde Moscú;⁶ y se

6. La capital de la Rusia zarista era San Petersburgo. En la primera guerra mundial se consideraba que ese nombre sonaba demasiado a alemán, y fue sustituido por el de Petrogrado. A la muerte de Lenin, pasó a llamarse Leningrado (1924) y tras el derrumbamiento de la URSS recuperó su nombre original. La Unión Soviética (seguida por sus satélites más serviles) mos-

escucharon en todos los lugares donde existían movimientos obreros y socialistas, con independencia de su ideología, e incluso más allá. Hasta los trabajadores de las plantaciones de tabaco de Cuba, muy pocos de los cuales sabían dónde estaba Rusia, formaron «soviets». En España, al período 1917-1919 se le dio el nombre de «bienio bolchevique», aunque la izquierda española era profundamente anarquista, que es como decir que se hallaba en las antípodas políticas de Lenin. Sendos movimientos estudiantiles revolucionarios estallaron en Pekín (Beijing) en 1919 y en Córdoba (Argentina) en 1918, y desde este último lugar se difundieron por América Latina generando líderes y partidos marxistas revolucionarios locales. El militante nacionalista indio M. N. Roy se sintió inmediatamente rechazado por el marxismo en México, donde la revolución local, que inició su fase más radical en 1917, reconocía su afinidad con la Rusia revolucionaria: Marx y Lenin se convirtieron en sus ídolos, junto con Moctezuma, Emiliano Zapata y los trabajadores indígenas, y su presencia se aprecia todavía en los grandes murales de sus artistas oficiales. A los pocos meses, Roy se hallaba en Moscú, donde desempeñó un importante papel en la formulación de la política de liberación colonial de la nueva Internacional Comunista. La revolución de octubre (en parte a través de socialistas holandeses como Henk Sneevliet) dejó su impronta en la principal organización de masas del movimiento de liberación nacional indonesio, Sarekat Islam. «Esta acción del pueblo ruso —escribió un periódico de provincias turco— será algún día un sol que iluminará a la humanidad.» En las remotas tierras interiores de Australia, los rudos pastores (muchos de ellos católicos irlandeses), que no se interesaban por la teoría política, saludaron alborozados a los soviets como el estado de los trabajadores. En los Estados Unidos, los finlandeses, que durante mucho tiempo fueron la comunidad de inmigrantes más intensamente socialista, se convirtieron en masa al comunismo, multiplicándose en los inhóspitos asentamientos mineros de Minnesota las reuniones «donde la simple mención del nombre de Lenin hacía palpar el corazón ... En medio de un silencio místico, casi en un éxtasis religioso, admirábamos todo lo que procedía de Rusia». En suma, la revolución de octubre fue reconocida universalmente como un acontecimiento que conmovió al mundo.

Incluso muchos de los que conocieron más de cerca la revolución, y que la vieron, por tanto, sin sentirse llevados a estas formas de éxtasis religioso, se convirtieron también, desde prisioneros de guerra que regresaron a sus países como bolcheviques convencidos y futuros líderes comunistas, como el mecánico croata Josip Broz (Tito), hasta periodistas que visitaban el país, como Arthur Ransome, del *Manchester Guardian*, que no era una figura política destacada, sino que se había dado a conocer como autor de delicio-

traba una inclinación desusada a la toponimia política, complicada frecuentemente por los avatares de la política partidista. Así, Tsaritsyn, en el Volga, pasó a llamarse Stalingrado, escenario de una batalla épica en la segunda guerra mundial, pero a la muerte de Stalin se convirtió en Volgogrado. En el momento de escribir estas líneas conserva todavía ese nombre.

dos relatos infantiles sobre la navegación a vela. Un personaje si cabe menos bolchevique, el escritor checo Jaroslav Hasek —futuro autor de una obra maestra. *Las aventuras del buen soldado Schwejk*— se encontró por primera vez en su vida siendo militante de una causa y, lo que es aún más sorprendente, sobrio. Participó en la guerra civil como comisario del ejército rojo y regresó a continuación a Praga, para desempeñar de nuevo el papel de anarco-bohemio y borracho con el que estaba más familiarizado, afirmando que la Rusia soviética posrevolucionaria no le agradaba tanto como la revolución.

Pero los acontecimientos de Rusia no sólo crearon revolucionarios sino (y eso es más importante) revoluciones. En enero de 1918, pocas semanas después de la conquista del Palacio de Invierno, y mientras los bolcheviques intentaban desesperadamente negociar la paz con el ejército alemán que avanzaba hacia sus fronteras, Europa central fue barrida por una oleada de huelgas políticas y manifestaciones antibelicistas que se iniciaron en Viena para propagarse a través de Budapest y de los territorios checos hasta Alemania, culminando en la revuelta de la marinería austrohúngara en el Adriático. Cuando se vio con claridad que las potencias centrales serían derrotadas, sus ejércitos se desintegraron. En septiembre, los soldados campesinos búlgaros regresaron a su país, proclamaron la república y marcharon sobre Sofía, aunque pudieron ser desarmados con la ayuda alemana. En octubre, se desmembró la monarquía de los Habsburgo, después de las últimas derrotas sufridas en el frente de Italia. Se establecieron entonces varios estados nacionales nuevos con la esperanza de que los aliados victoriosos los preferirían a los peligros de la revolución bolchevique. La primera reacción occidental ante el llamamiento de los bolcheviques a los pueblos para que hicieran la paz —así como su publicación de los tratados secretos en los que los aliados habían decidido el destino de Europa— fue la elaboración de los catorce puntos del presidente Wilson, en los que se jugaba la carta del nacionalismo contra el llamamiento internacionalista de Lenin. Se iba a crear una zona de pequeños estados nacionales para que sirvieran a modo de cordón sanitario contra el virus rojo. A principios de noviembre, los marineros y soldados amotinados difundieron por todo el país la revolución alemana desde la base naval de Kiel. Se proclamó la república y el emperador, que huyó a Holanda, fue sustituido al frente del estado por un ex guarnicionero socialdemócrata.

La revolución que había derribado todos los regímenes desde Vladivostok hasta el Rin era una revuelta contra la guerra, y la firma de la paz diluyó una gran parte de su carga explosiva. Por otra parte, su contenido social era vago, excepto en los casos de los soldados campesinos de los imperios de los Habsburgo, de los Romanov y turco, y en los pequeños estados del sureste de Europa. Allí se basaba en cuatro elementos principales: la tierra, y el rechazo de las ciudades, de los extranjeros (especialmente de los judíos) y de los gobiernos. Esto convirtió a los campesinos en revolucionarios, aunque no en bolcheviques, en grandes zonas de Europa central y oriental, pero no en Alemania (excepto en cierta medida en Baviera), ni en Austria ni en algunas zonas de Polonia. Para calmar su descontento fue necesario introducir algu-

nas medidas de reforma agraria incluso en algunos países conservadores y contrarrevolucionarios como Rumania y Finlandia. Por otra parte, en los países en los que constituía la mayoría de la población, el campesinado representaba la garantía de que los socialistas, y en especial los bolcheviques, no ganarían las elecciones generales democráticas. Aunque esto no convertía necesariamente a los campesinos en bastiones del conservadurismo político, constituía una dificultad decisiva para los socialistas democráticos o, como en la Rusia soviética, los forzó a la abolición de la democracia electoral. Por esa razón, los bolcheviques, que habían pedido una asamblea constituyente (una tradición revolucionaria habitual desde 1789), la disolvieron pocas semanas después de los sucesos de octubre. La creación de una serie de pequeños estados nacionales según los principios enunciados por el presidente Wilson, aunque no sirvió ni mucho menos para poner fin a los conflictos nacionales en el escenario de las revoluciones, frenó también el avance de la revolución bolchevique. Naturalmente, esa era la intención de los aliados negociadores de la paz.

Por otra parte, el impacto de la revolución rusa en las insurrecciones europeas de 1918-1919 era tan evidente que alentaba en Moscú la esperanza de extender la revolución del proletariado mundial. El historiador puede apreciar claramente (también lo veían así algunos revolucionarios nacionales) que la Alemania imperial era un estado con una considerable estabilidad social y política, donde existía un movimiento obrero fuerte, pero sustancialmente moderado, y donde sólo la guerra hizo posible que estallara una revolución armada. A diferencia de la Rusia zarista, del desvencijado imperio austrohúngaro, de Turquía, el proverbial «enfermo de Europa», o de los semicivilizados habitantes de las montañas de la zona suroriental del continente, capaces de cualquier cosa, Alemania no era un país donde cabía esperar que se produjeran insurrecciones. Mientras que en Rusia y en Austria-Hungría, vencidas en la guerra, reinaba una situación realmente revolucionaria, la gran masa de los soldados, marineros y trabajadores revolucionarios de Alemania eran tan moderados y observantes de la ley como los retrataban los chistes, posiblemente apócrifos, que contaban los revolucionarios rusos («donde haya un cartel que prohíbe pisar el césped, los alemanes sublevados tendrán buen cuidado de andar por el camino»).

Y sin embargo, este era el país donde los marineros revolucionarios pasearon el estandarte de los soviets de un extremo al otro, donde la ejecutiva de un soviet de obreros y soldados de Berlín nombró un gobierno socialista de Alemania, donde pareció que coincidirían las revoluciones de febrero y octubre, cuando la abdicación del emperador dejó en manos de los socialistas radicales el control de la capital. Pero fue tan sólo una ilusión, que hizo posible la parálisis total, aunque momentánea, del ejército, el estado y la estructura de poder bajo el doble impacto de la derrota total y de la revolución. Al cabo de unos días, el viejo régimen estaba de nuevo en el poder, en forma de república, y no volvería a ser amenazado seriamente por los socialistas, que ni siquiera consiguieron la mayoría en las primeras elecciones, aun-

que se celebraron pocas semanas después de la revolución.⁷ Menor aún fue la amenaza del Partido Comunista recién creado, cuyos líderes, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, fueron asesinados por pistoleros a sueldo del ejército.

Sin embargo, la revolución alemana de 1918 confirmó las esperanzas de los bolcheviques rusos, tanto más cuanto que en 1918 se proclamó en Baviera una efímera república socialista, y en la primavera de 1919, tras el asesinato de su líder, se estableció una república soviética, de breve duración, en Munich, capital alemana del arte, de la contracultura intelectual y de la cerveza (mucho menos subversiva desde el punto de vista político). Estos acontecimientos coincidieron con un intento más serio de exportar el bolchevismo hacia Occidente, que culminó en la creación de la república soviética húngara de marzo-julio de 1919.⁸ Naturalmente, ambos movimientos fueron sofocados con la brutalidad esperada. Además, el desencanto con la conducta de los socialdemócratas radicalizó a los trabajadores alemanes, muchos de los cuales pasaron a apoyar a los socialistas independientes y, a partir de 1920, al Partido Comunista, que se convirtió así en el principal partido comunista fuera de la Rusia soviética. ¿No podía esperarse, después de todo, que estallara una revolución de octubre en Alemania? Aunque el año 1919, el de mayor inquietud social en Occidente, contempló el fracaso de los únicos intentos de propagar la revolución bolchevique, y a pesar de que en 1920 se inició un rápido reflujó de la marea revolucionaria, los líderes bolcheviques de Moscú no abandonaron, hasta bien entrado 1923, la esperanza de ver una revolución en Alemania.

Fue, por el contrario, en 1920 cuando los bolcheviques cometieron lo que hoy se nos aparece como un error fundamental, al dividir permanentemente el movimiento obrero internacional. Lo hicieron al estructurar su nuevo movimiento comunista internacional según el modelo del partido de vanguardia de Lenin, constituido por una elite de «revolucionarios profesionales» con plena dedicación. Como hemos visto, la revolución de octubre había despertado grandes simpatías en los movimientos socialistas internacionales, todos los cuales salieron de la guerra mundial radicalizados y muy fortalecidos. Con pocas excepciones, en los partidos socialistas y obreros existían fuertes movimientos de opinión favorables a la integración en la nueva Tercera Internacional (comunista), que crearon los bolcheviques en sustitución de la Segunda Internacional (1889-1914), desacreditada y desorganizada por la guerra mundial a la que no había sabido oponerse.⁹ En efecto, los partidos

7. Los socialdemócratas moderados obtuvieron algo menos del 38 por 100 de los votos —el porcentaje más alto que nunca alcanzaron— y los socialdemócratas independientes, revolucionarios, aproximadamente el 7,5 por 100.

8. Su derrota desencadenó una diáspora de refugiados políticos e intelectuales por todo el mundo. Algunos de ellos harían una sorprendente carrera, como el magnate cinematográfico sir Alexander Korda y el actor Bela Lugosi, célebre sobre todo por ser el primer protagonista del *Drácula* cinematográfico.

9. La llamada Primera Internacional era la Asociación Internacional de los Trabajadores constituida por Marx, que estuvo vigente entre 1864 y 1872.

socialistas de Francia, Italia, Austria y Noruega, así como los socialistas independientes de Alemania, votaron en ese sentido, dejando en minoría a los adversarios del bolchevismo. Sin embargo, lo que buscaban Lenin y los bolcheviques no era un movimiento internacional de socialistas simpatizantes con la revolución de octubre, sino un cuerpo de activistas totalmente comprometido y disciplinado: una especie de fuerza de asalto para la conquista revolucionaria. A los partidos que se negaron a adoptar la estructura leninista se les impidió incorporarse a la nueva Internacional, o fueron expulsados de ella, porque resultaría debilitada si aceptaba esas quintas columnas de oportunismo y reformismo, por no hablar de lo que Marx había llamado en una ocasión «cretinismo parlamentario». Dado que la batalla era inminente sólo podían tener cabida los soldados.

Para que esa argumentación tuviera sentido debía cumplirse una condición: que la revolución mundial estuviera aún en marcha y que hubiera nuevas batallas en la perspectiva inmediata. Sin embargo, aunque la situación europea no estaba ni mucho menos estabilizada, en 1920 resultaba evidente que la revolución bolchevique no era inminente en Occidente, aunque también lo era que los bolcheviques habían conseguido asentarse en Rusia. Sin duda, en el momento en que se reunió la Internacional parecía posible que el ejército rojo, victorioso en la guerra civil y avanzando hacia Varsovia, propagara la revolución hacia Occidente por medio de la fuerza armada, como secuela de una breve guerra ruso-polaca provocada por las ambiciones territoriales de Polonia, que había recuperado su condición de estado después de siglo y medio de inexistencia y reclamaba ahora sus fronteras del siglo xviii, que se adentraban profundamente en Bielorrusia, Lituania y Ucrania. El avance soviético, que ha dejado un maravilloso monumento literario en la obra de Isaak Babel *Caballería roja*, fue acogido con alborozo por un grupo muy variado de contemporáneos, desde el novelista austríaco Joseph Roth, que luego escribiría una elegía de los Habsburgo, hasta Mustafa Kemal, futuro líder de Turquía. Sin embargo, los obreros polacos no se rebelaron y el ejército rojo fue rechazado a las puertas de Varsovia. A partir de entonces, y a pesar de las apariencias, no habría novedad en el frente occidental. Las perspectivas revolucionarias se desplazaron hacia el este, hacia Asia, que siempre había estado en el punto de mira de Lenin. Así, entre 1920 y 1927 las esperanzas de la revolución mundial parecieron sustentarse en la revolución china, que progresaba bajo el Kuomintang, partido de liberación nacional cuyo líder, Sun Yat-sen (1866-1925), aceptó el modelo soviético, la ayuda militar soviética y el nuevo Partido Comunista chino como parte de su movimiento. La alianza entre el Kuomintang y el Partido Comunista avanzaría hacia el norte desde sus bases de la China meridional, en el curso de la gran ofensiva de 1925-1927, situando a la mayor parte de China bajo el control de un solo gobierno por primera vez desde la caída del imperio en 1911, antes de que el principal general del Kuomintang, Chiang Kai-shek, se volviera contra los comunistas y los aplastara. Ahora bien, antes incluso de que quedara demostrado, con ello, que tampoco Oriente estaba preparado para un

nuevo octubre, la promesa de Asia no pudo ocultar el fracaso de la revolución en Occidente.

Ese hecho era innegable en 1921. La revolución se batía en retirada en la Rusia soviética, aunque el poder político bolchevique era inamovible (véanse pp. 378-379). Además, el tercer congreso de la Comintern reconoció —sin confesarlo abiertamente— que la revolución no era factible en Occidente al hacer un llamamiento en pro de un «frente unido» con los mismos socialistas a los que el segundo congreso había expulsado del ejército del progreso revolucionario. Los revolucionarios de las siguientes generaciones disputarían acerca del significado de ese hecho. De todas formas, ya era demasiado tarde. El movimiento se había dividido de manera permanente. La mayoría de los socialistas de izquierda se integraron en el movimiento socialdemócrata, constituido en su inmensa mayoría por anticomunistas moderados. Por su parte, los nuevos partidos comunistas pasarían a ser una apasionada minoría de la izquierda europea (con algunas excepciones, como Alemania, Francia o Finlandia). Esta situación no se modificaría hasta la década de 1930 (véase el capítulo V).

IV

Sin embargo, esos años de insurrecciones no dejaron sólo tras de sí un ingente y atrasado país gobernado ahora por los comunistas y consagrado a la construcción de una sociedad que se erigiera en alternativa al capitalismo, sino también un gobierno, un movimiento internacional disciplinado y, lo que es tal vez igualmente importante, una generación de revolucionarios entregados a la idea de una revolución mundial tras el estandarte enarbolado en la revolución de octubre y bajo el liderazgo del movimiento que tenía su sede en Moscú. (Durante años se esperó que se trasladara a Berlín y, en consecuencia, durante el período de entreguerras no fue el ruso, sino el alemán, el idioma oficial de la Internacional.) Sus integrantes desconocían cómo se difundiría la revolución mundial después de haberse estabilizado en Europa y de haber sido derrotada en Asia, y los pocos intentos que hicieron los comunistas de organizar una insurrección armada independiente (en Bulgaria y Alemania en 1923, en Indonesia en 1926, en China en 1927 y en Brasil en 1935 —episodio este último tardío y anómalo—) fracasaron por completo. La crisis mundial y la subida de Hitler al poder no tardarían en demostrar que la situación del mundo justificaba cualquier expectativa apocalíptica (véanse los capítulos III a V). Pero eso no explica que entre 1928 y 1934 la Comintern asumiera súbitamente la retórica de los ultrarrevolucionarios y del izquierdismo sectario, pues, más allá de la retórica, el movimiento no esperaba ocupar el poder en ningún sitio ni estaba preparado para ello. Ese cambio, que resultó políticamente desastroso, se explica ante todo por razones de política interna del Partido Comunista soviético, cuando su control pasó a manos de Stalin y, tal vez también, como un intento de compensar la creciente divergencia de intereses entre la URSS, como un estado que necesitaba coexistir

con otros estados —comenzó a obtener reconocimiento internacional como régimen político a partir de 1920—, y el movimiento comunista, cuya finalidad era la subversión y el derrocamiento de todos los demás gobiernos.

En último extremo, prevalecieron los intereses de estado de la Unión Soviética sobre los afanes de revolución mundial de la Internacional Comunista, a la que Stalin redujo a la condición de un instrumento al servicio de la política del estado soviético bajo el estricto control del Partido Comunista soviético, purgando, disolviendo y transformando sus componentes según su voluntad. La revolución mundial pertenecía a la retórica del pasado. En realidad, cualquier revolución era tolerable con tal de que no fuera en contra de los intereses del estado soviético y de que éste pudiera controlarla. Los gobiernos occidentales que interpretaron el avance de los regímenes comunistas posterior a 1944 como una extensión del poder soviético no se equivocaban sobre las intenciones de Stalin, como no se equivocaban los revolucionarios que criticaron amargamente a Moscú por no desear que los comunistas ocuparan el poder y por desalentar todas las operaciones encaminadas a ese fin, incluso cuando triunfaron, como en Yugoslavia y en China (véase el capítulo V).

De todas formas, la Rusia soviética fue considerada, incluso por muchos de los miembros corruptos de su *nomenklatura*, como algo más que una gran potencia. La emancipación universal y la construcción de una alternativa mejor a la sociedad capitalista eran, después de todo, la principal razón de su existencia. ¿Qué otra razón habría impulsado a los duros burócratas de Moscú a continuar financiando y armando las guerrillas de su aliado comunista, el Congreso Nacional Africano, cuyas posibilidades de abolir el régimen del *apartheid* en Suráfrica parecían y eran mínimas durante varios decenios? (Curiosamente, el régimen comunista chino, aunque tras la ruptura entre los dos países criticaba a la URSS por haber traicionado a los movimientos revolucionarios, no prestó un apoyo comparable a los movimientos de liberación del tercer mundo.) En la URSS se sabía desde hacía mucho tiempo que la transformación de la humanidad no sobrevendría gracias a una revolución mundial inspirada por Moscú. Durante los largos años de ocaso de la era Brezhnev se desvaneció incluso la sincera convicción de Nikita Krushev de que el socialismo «enterraría» al capitalismo en razón de su superioridad económica. Tal vez la erosión final de la fe en la vocación universal del sistema explica por qué éste se desintegró sin oponer resistencia (véase el capítulo XVI).

Pero esas dudas no asaltaban a la primera generación de aquellos a los que la brillante luz de la revolución de octubre inspiró a dedicar sus vidas a la revolución mundial. Como los primeros cristianos, la mayor parte de los socialistas del período anterior a 1914 creían en el gran cambio apocalíptico que suprimiría todos los males y haría surgir una sociedad en la que no tendrían cabida la infelicidad, la opresión, la desigualdad y la injusticia. Si el marxismo ofrecía la garantía de la ciencia y de la inevitabilidad histórica, la revolución de octubre constituía la prueba de que el gran cambio había comenzado.

El número total de soldados que formaban este ejército implacable y disciplinado que tenía como objetivo la emancipación humana no era más que de unas decenas de millares, y los profesionales del movimiento comunista internacional, «que cambiaban de país más frecuentemente que de zapatos», como escribió Bertolt Brecht en un poema en el que les rindió homenaje, eran sólo algunos centenares. No hay que confundirlos con lo que los italianos llamaban, en los días en que contaban con un fuerte Partido Comunista, «el pueblo comunista», los millones de seguidores y miembros de base, para quienes el sueño de una sociedad nueva y *buena* también era real, aunque en la práctica el suyo no era sino el activismo cotidiano del viejo movimiento socialista, y su compromiso era un compromiso de clase y comunitario más que de dedicación personal. Pero aunque fueran un núcleo reducido, el siglo xx no puede entenderse sin ellos.

Sin el «nuevo partido» leninista, cuyos cuadros eran «revolucionarios profesionales», sería inconcebible que poco más de treinta años después de la revolución de octubre una tercera parte de la raza humana estuviera viviendo bajo un régimen comunista. La fe y la lealtad al bastión de la revolución mundial de Moscú daba a los comunistas la posibilidad de considerarse (desde el punto de vista sociológico) como parte de una iglesia universal, no de una secta. Los partidos comunistas orientados hacia Moscú perdieron a sus líderes como consecuencia de las escisiones y de las purgas, pero sólo se fragmentaron después de 1956, cuando el movimiento perdió su fuerza vital. Esa situación contrasta con la de los grupos fragmentados de los marxistas disidentes que siguieron a Trotsky y con la de los conventículos «marxistas-leninistas» del maoísmo posterior a 1960, más dados aún a la escisión. Por reducidos que fueran esos partidos —cuando Mussolini fue derrocado en Italia, en 1943, el Partido Comunista italiano contaba con unos 5.000 hombres y mujeres, la mayor parte de los cuales habían estado hasta ese momento en la cárcel o en el exilio— eran lo que los bolcheviques habían sido en febrero de 1917: el núcleo central de un ejército formado por millones de personas, gobernantes en potencia de un pueblo y de un estado.

Para esa generación, especialmente para quienes, pese a su juventud, habían vivido los años de la insurrección, la revolución era el gran acontecimiento de sus vidas y los días del capitalismo estaban inevitablemente contados. La historia contemporánea era la antecámara de la victoria final para quienes vivieran para verlo, entre los que habría sólo unos pocos soldados de la revolución («los muertos con permiso para ausentarse», como afirmó el comunista ruso Leviné antes de ser ejecutado por los que derrocaron el soviét de Munich en 1919). Si la propia sociedad burguesa tenía tantas razones para dudar acerca de su futuro, ¿por qué debían confiar ellos en su supervivencia? Sus mismas vidas eran la demostración de su realidad.

Consideremos el caso de dos jóvenes alemanes unidos temporalmente como amantes, que fueron movilizados de por vida por la revolución soviética bávara de 1919: Olga Benario, hija de un próspero abogado muniqués, y Otto Braun, maestro de profesión. Olga organizaría la revolución en el he-

misferio occidental, unida a Luis Carlos Prestes (con quien finalmente se casó), líder de una larga marcha insurreccional a través de las zonas más remotas del Brasil, que en 1935 pidió a Moscú que apoyara su levantamiento, el levantamiento fracasó y el gobierno brasileño entregó a Olga a la Alemania hitleriana, donde murió en un campo de concentración. Por su parte, Otto tuvo más éxito en su actividad revolucionaria en Oriente como experto militar de la Comintern en China y como único elemento no chino que participó en la célebre «Larga Marcha» de los comunistas chinos, antes de regresar a Moscú para ir, posteriormente, a la RDA. (Esa experiencia despertó en él escepticismo con respecto a Mao.) ¿Cuándo, excepto en la primera mitad del siglo xx, podían haber seguido ese curso dos vidas interrelacionadas?

Así pues, en la generación posterior a 1917, el bolchevismo absorbió a todas las restantes tradiciones socialrevolucionarias o las marginó dentro de los movimientos radicales. Hasta 1914 el anarquismo había sido una ideología mucho más atractiva que el marxismo para los activistas revolucionarios en una gran parte del mundo. Fuera de la Europa oriental, Marx era considerado como el gurú de los partidos de masas cuyo avance inevitable, aunque no arrollador, hacia la victoria había demostrado. Pero en los años treinta, el anarquismo ya no era una fuerza política importante (salvo en España), ni siquiera en América Latina, donde los colores negro y rojo habían inspirado tradicionalmente a muchos más militantes que la bandera roja. (Incluso en España, la guerra civil acabó con el anarquismo y revitalizó a los comunistas, que hasta ese momento detentaban una posición de escasa significación.) En efecto, los grupos revolucionarios sociales que existían al margen del comunismo de Moscú tomaron a partir de entonces a Lenin y a la revolución de octubre como punto de referencia. Casi siempre estaban dirigidos o inspirados por algún disidente o expulsado de la Comintern que, una vez que Stalin estableció y afianzó su dominio sobre el Partido Comunista soviético y sobre la Internacional, se dedicó a una caza de herejes cada vez más implacable. Pocos de esos centros bolcheviques disidentes tenían importancia política. El más prestigioso y célebre de los herejes, el exiliado León Trotsky —uno de los dos líderes de la revolución de octubre y el arquitecto del ejército rojo—, fracasó por completo en todos sus proyectos. Su Cuarta Internacional, que pretendía competir con la Tercera, sometida a la influencia de Stalin, no alcanzó importancia. En 1940, cuando fue asesinado por orden de Stalin en su exilio mexicano, había perdido toda su influencia política.

En suma, ser un revolucionario social significaba cada vez más ser seguidor de Lenin y de la revolución de octubre y miembro o seguidor de alguno de los partidos comunistas alineados con Moscú, tanto más cuanto que, tras la victoria de Hitler en Alemania, esos partidos adoptaron políticas de unidad antifascista, lo que les permitió superar el aislamiento sectario y conseguir apoyo masivo entre los trabajadores e intelectuales (véase el capítulo V). Los jóvenes que anhelaban derrocar al capitalismo abrazaron el comunismo ortodoxo e identificaron su causa con el movimiento internacional que tenía su

centro en Moscú. El marxismo, restablecido por la revolución de octubre como la ideología del cambio revolucionario, se entendía ahora como el marxismo del Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú, que había pasado a ser el centro mundial de difusión de los grandes textos clásicos. Nadie más prometía interpretar y transformar el mundo, ni parecía mejor preparado para conseguirlo. Esa situación prevalecería hasta 1956, cuando la desintegración de la ortodoxia estalinista en la URSS y del movimiento comunista internacional hicieron aparecer en primer plano a los pensadores, tradiciones y organizaciones de la heterodoxia izquierdista, marginados hasta entonces. Pese a todo, siguieron viviendo bajo la gigantesca sombra de la revolución de octubre. Aunque cualquiera que tenga el más mínimo conocimiento de la historia de las ideas puede reconocer el espíritu de Bakunin, o incluso de Nechaev, más que el de Marx, en los estudiantes radicales de 1968 y de los años posteriores, ello no quiere decir que se registrara un renacimiento importante de la teoría y de los movimientos anarquistas. Por el contrario, 1968 despertó una enorme atracción intelectual hacia la teoría marxista —generalmente en versiones que habrían sorprendido a Marx— y hacia una gran variedad de sectas y grupos «marxistas-leninistas», unidos por el rechazo de Moscú y de los viejos partidos comunistas, por considerarlos insuficientemente revolucionarios y poco leninistas.

Paradójicamente, esa conquista casi total de la tradición revolucionaria social se produjo en un momento en que la Comintern había abandonado por completo las estrategias revolucionarias originales de 1917-1923 o, más bien, adoptaba estrategias totalmente distintas de las de 1917 para conseguir el acceso al poder (véase el capítulo V). A partir de 1935, en la literatura de la izquierda crítica abundarían las acusaciones de que los movimientos de Moscú descuidaban, rechazaban o incluso traicionaban las oportunidades de promover la revolución, porque Moscú ya no la deseaba. Estos argumentos apenas tuvieron fuerza hasta que el movimiento soviético «monolítico» comenzó a agrietarse. Mientras el movimiento comunista conservó su unidad, su cohesión y su inmunidad a las escisiones, fue la única fuerza real para la mayor parte de los que creían en la necesidad de una revolución mundial. ¿Quién podía negar, además, que los países que rompieron con el capitalismo en la segunda gran oleada de la revolución social universal, entre 1944 y 1949, lo hicieron bajo los auspicios de los partidos comunistas ortodoxos de orientación soviética? Sólo a partir de 1956 tuvieron los revolucionarios la posibilidad de elegir entre varios movimientos eficaces desde el punto de vista político o insurreccional. Pero todos ellos —diversas ramas del trotskismo, el maoísmo y grupos inspirados por la revolución cubana de 1959 (véase el capítulo XV)— eran de inspiración más o menos leninista. Los viejos partidos comunistas continuaban siendo, con mucho, los grupos más numerosos de la extrema izquierda, pero para entonces el viejo movimiento comunista había perdido su fuerza interior.

V

La fuerza de los movimientos que aspiraban a realizar la revolución mundial residía en la forma comunista de organización, el «nuevo partido» de Lenin, una extraordinaria innovación de la ingeniería social del siglo xx comparable a la invención de las órdenes monásticas cristianas en la Edad Media, que hacía posible que incluso las organizaciones pequeñas hicieran gala de una extraordinaria eficacia, porque el partido obtenía de sus miembros grandes dosis de entrega y sacrificio, además de una disciplina militar y una concentración total en la tarea de llevar a buen puerto las decisiones del partido a cualquier precio. Esto causaba una fuerte impresión incluso a los observadores hostiles. Sin embargo, la relación entre el «partido de vanguardia» y las grandes revoluciones para las cuales había sido creado y que ocasionalmente conseguía realizar no estaba ni mucho menos clara, aunque era patente que el modelo se había impuesto *después de* haberse producido una revolución triunfante o durante las guerras. En efecto, los partidos leninistas consistían esencialmente en elites (vanguardias) de líderes (o más bien, antes de que triunfaran las revoluciones, en «contraelites»), y las revoluciones sociales, como quedó demostrado en 1917, dependen de la actitud de las masas y se producen en situaciones que ni las elites ni las contraelites pueden controlar plenamente. Lo cierto es que el modelo leninista ejercía un notable atractivo, especialmente en el tercer mundo, entre los jóvenes de las antiguas elites que se afiliaron en gran número a ese tipo de partidos, a pesar de que éstos hicieron grandes esfuerzos, con poco éxito, para promocionar a los auténticos proletarios. La pieza esencial en la gran expansión del comunismo brasileño en los años treinta fue la incorporación al mismo de jóvenes intelectuales procedentes de familias de la oligarquía terrateniente y de oficiales de baja graduación (Leoncio Martins Rodrigues, 1984, pp. 390-397).

En cambio, los sentimientos de las «masas» (incluidos a veces los seguidores activos de las «vanguardias») estaban enfrentados a menudo con las ideas de sus líderes, especialmente en los momentos en que se producía una auténtica insurrección de masas. Así, por ejemplo, la rebelión de los generales españoles contra el gobierno del Frente Popular en julio de 1936 desencadenó inmediatamente la revolución social en extensas zonas de España. No era sorprendente que los militantes, especialmente los anarquistas, intentaran colectivizar los medios de producción, aunque el partido comunista y el gobierno central rechazaron esa transformación y, cuando les fue posible, la anularon, lo cual sigue siendo debatido en la literatura política e histórica. Sin embargo, ese episodio desencadenó también la mayor oleada de iconoclastia y de homicidios de signo anticlerical desde que en 1835 ese tipo de actuaciones pasó a formar parte de las tradiciones españolas de agitación Popular, cuando unos barceloneses que salían descontentos de una corrida de toros quemaron varias iglesias. Ahora fueron asesinados unos siete mil ecle-

siásticos —es decir, entre el 12 y el 13 por 100 de los sacerdotes y monjes del país, aunque sólo un número reducido de monjas—, mientras que en una sola diócesis de Cataluña (Girona) se destruyeron más de seis mil imágenes (Hugh Thomas, 1977, pp. 270-271; M. Delgado, 1992, p. 56).

Dos son los aspectos a destacar en tan terrible episodio. En primer lugar, que fue denunciado por los dirigentes o portavoces de la izquierda revolucionaria española, a pesar de que eran virulentamente anticlericales, incluso por los anarquistas, cuyo odio hacia los sacerdotes era notorio. En segundo lugar, para quienes lo perpetraron, y para muchos de cuantos lo contemplaron, la revolución significaba *eso*, esto es, la transformación radical del orden de la sociedad y de sus valores, no sólo por un momento simbólico, sino para siempre (M. Delgado, 1992, pp. 52-53). Por mucho que los dirigentes insistieran en que el principal enemigo no era el sacerdote sino el capitalista, los sentimientos más íntimos de las masas eran muy distintos.

Sea como fuere, lo cierto es que en el siglo xx es raro el tipo de revolución en la que desaparecen súbitamente la estructura del orden político y la autoridad, dejando al hombre (y en la medida en que le está permitido, a la mujer) totalmente libres para hacer cuanto le venga en gana. Ni siquiera el otro caso que más se aproxima al hundimiento súbito de un régimen establecido, la revolución iraní de 1979, fue tan desestructurado, a pesar de la extraordinaria unanimidad en la movilización de las masas contra el sha, en Teherán, un movimiento que en gran medida fue espontáneo. Gracias a las estructuras del clericalismo iraní, el nuevo régimen estaba ya presente en las ruinas del antiguo, aunque tardaría un tiempo en adquirir su forma definitiva (véase el capítulo XV).

De hecho, el modelo típico de movimiento revolucionario posterior a octubre de 1917 (salvo algunas explosiones localizadas) se suele iniciar mediante un *golpe* (casi siempre militar), con la ocupación de la capital, o es el resultado final de una larga insurrección armada, esencialmente rural. Como los oficiales de menor rango —mucho más raramente los suboficiales— de inclinaciones radicales e izquierdistas abundan en los países pobres y atrasados, en los que la vida militar ofrecía buenas perspectivas profesionales a los jóvenes capaces e instruidos que dispusieran de influencias familiares y de una buena posición económica, estas iniciativas solían ocurrir en países como Egipto (la revolución de los Oficiales Libres de 1952) y en otros lugares del Próximo Oriente (Irak, 1958, Siria en varias ocasiones desde los años cincuenta y Libia en 1969). Los militares forman parte de la historia revolucionaria de América Latina, aunque en pocas ocasiones han tomado el poder nacional por motivos izquierdistas. Por otra parte, para sorpresa de muchos, en 1974 un clásico golpe militar (la «revolución de los claveles» en Portugal), protagonizado por jóvenes oficiales descontentos y radicalizados por las largas guerras coloniales de resistencia, derrocaron el régimen derechista más antiguo del mundo. La alianza entre los oficiales, un fuerte Partido Comunista que surgía de la clandestinidad y varios grupos marxistas ra-

dicales no tardó en romperse, para tranquilidad de la Comunidad Europea, en la que Portugal se integraría pocos años después.

En los países desarrollados, la estructura social, las tradiciones ideológicas y las funciones políticas de las fuerzas armadas inclinaban hacia la derecha a los militares con intereses políticos. Por consiguiente, un posible golpe en alianza con los comunistas, o incluso con los socialistas, no entraba en sus esquemas. Sin embargo, es cierto que antiguos soldados de las fuerzas nativas reclutadas por Francia en sus colonias, aunque raramente se trataba de oficiales, desempeñaron un papel destacado en los movimientos de liberación del imperio francés (particularmente en Argelia). Su experiencia durante la segunda guerra mundial, y después de ésta, había sido negativa, no sólo por la discriminación de que eran objeto habitualmente, sino porque los numerosos soldados coloniales que servían en las fuerzas de la Francia libre de De Gaulle y los muchos miembros no franceses de la resistencia armada dentro de Francia pronto cayeron en el olvido.

Los ejércitos franceses libres que participaron en los desfiles oficiales de la victoria después de la liberación eran mucho más «blancos» que los que habían conseguido la gloria militar para los gaullistas. Hay que decir, sin embargo, que en conjunto los ejércitos coloniales de las potencias imperiales, incluso cuando sus cuadros eran nativos de la colonia, se mantuvieron leales, o más bien apolíticos, con la salvedad de los cincuenta mil soldados indios que se enrolaron en el ejército nacional indio bajo los japoneses (M. Echenberg, 1992, pp. 141-145; M. Barghava y A. Singh Gill, 1988, p. 10; T. R. Sareen, 1988, pp. 20-21).

VI

Los revolucionarios sociales del siglo xx descubrieron tardíamente la senda de la revolución a través de la guerra de guerrillas. Tal vez eso se debe a que históricamente esa forma de actividad esencialmente rural se asociaba con movimientos de ideologías arcaicas que los observadores urbanos confundían fácilmente con el conservadurismo o incluso con la reacción y la contrarrevolución. Después de todo, las grandes guerras de guerrillas del período revolucionario francés y napoleónico se habían hecho siempre *contra* Francia y nunca *a favor de* Francia y de su causa revolucionaria. De hecho, el término «guerrilla» no pasó a formar parte del vocabulario marxista hasta después de la revolución cubana de 1959. Los bolcheviques, que durante la guerra civil habían intervenido tanto en operaciones de guerra regulares como irregulares, utilizaban el término «partisano», que durante la segunda guerra mundial se impuso entre los movimientos de resistencia de inspiración soviética. Retrospectivamente, resulta sorprendente que la guerra de guerrillas apenas tuviera importancia en la guerra civil española, pese a las grandes posibilidades de realizar operaciones de ese tipo en las zonas republicanas ocupadas por las fuerzas de Franco. De hecho, los comunistas

organizaron una intensa actividad guerrillera desde el exterior al terminar la segunda guerra mundial. Con anterioridad a la primera guerra mundial, la guerrilla no figuraba entre las tácticas de los revolucionarios.

Excepto en China, donde algunos dirigentes comunistas fueron pioneros en la nueva estrategia, después de que el Kuomintang, bajo la dirección de Chiang Kai-shek, se volviera contra sus antiguos aliados comunistas en 1927 y tras el espectacular fracaso de la insurrección comunista en las ciudades (Cantón, 1927). Mao Tse-tung, principal valedor de la nueva estrategia, que terminaría por conducirle hasta el poder en la China comunista, no sólo reconocía que después de más de quince años de revolución había extensas zonas de China que escapaban al control de la administración central, sino que, como devoto admirador de *Al borde del agua*, la gran novela clásica del bandolerismo social chino, creía que la táctica de la guerrilla era un componente tradicional de los conflictos sociales en China. Desde luego, a ningún chino con una cierta formación clásica se le escaparía la similitud existente entre el establecimiento por parte de Mao de la primera zona libre de la guerrilla en las montañas de Kiangsi en 1927 y la fortaleza montañosa de los héroes de *Al borde del agua*. En 1917, el joven Mao había incitado a sus compañeros de estudios a imitar a esos héroes (Schram, 1966, pp. 43-44).

La estrategia china, aunque heroica e inspiradora, parecía inadecuada para los países con unas comunicaciones internas modernas y para unos gobiernos habituados a controlar íntegramente el territorio, por remoto que fuera. Lo cierto es que en un principio ni siquiera tuvo éxito en China, donde el gobierno nacional, después de varias campañas militares, obligó en 1934 a los comunistas a abandonar sus «territorios soviéticos libres» en las principales regiones del país y a retirarse, en la legendaria Larga Marcha, a una región fronteriza y poco poblada del noroeste.

Después de que los jefes rebeldes brasileños, como Luis Carlos Prestes, abrazaran el comunismo a finales de los años veinte, ningún grupo izquierdista de importancia volvió a poner en práctica la táctica de la guerrilla en parte alguna, a no ser el general César Augusto Sandino en su lucha contra los marines norteamericanos en Nicaragua (1927-] 933), que inspiraría la revolución sandinista cincuenta años después. (Sin embargo, la Internacional Comunista intentó presentar, poco verosímilmente, como un guerrillero a Lampiao, el célebre bandolero social brasileño y héroe de numerosos relatos populares.) El propio Mao no sería considerado el astro guía de los revolucionarios hasta después de la revolución cubana.

Sin embargo, la segunda guerra mundial ofreció una ocasión más inmediata y general para adoptar el camino de la guerrilla hacia la revolución: la necesidad de resistir a la ocupación de la mayor parte de la Europa continental, incluidas extensas zonas de la Unión Soviética europea, por los ejércitos de Hitler y de sus aliados. La resistencia, especialmente la resistencia armada, surgió con gran fuerza después de que el ataque de Hitler contra la URSS movilizara a los diferentes movimientos comunistas. Cuando el ejército alemán fue finalmente derrotado con la colaboración, en grado diverso, de los

movimientos locales de resistencia (véase el capítulo V), los regímenes de la Europa ocupada o fascista se desintegraron y los regímenes revolucionarios sociales bajo control comunista ocuparon el poder, o intentaron hacerlo, en varios países donde la resistencia armada había sido más eficaz (Yugoslavia, Albania y —de no haber sido por el apoyo militar británico y luego estadounidense— Grecia). Probablemente, podrían haber conseguido también el control de Italia al norte de los Apeninos, aunque no por mucho tiempo, pero por razones que todavía son objeto de debate en lo que queda de la izquierda revolucionaria, no lo intentaron. Los regímenes comunistas que se establecieron en el este y el sureste de Asia con posterioridad a 1945 (en China, en parte de Corea y en la Indochina francesa) deben ser considerados también como producto de la resistencia durante la guerra, pues incluso en China el avance definitivo de los ejércitos rojos de Mao hacia el poder no se inició hasta el momento en que el ejército japonés intentó ocupar el territorio central del país en 1937. La segunda oleada de la revolución social mundial surgió de la segunda guerra mundial, al igual que la primera había surgido de la primera guerra mundial, aunque en una forma totalmente distinta. En la segunda ocasión, fue la participación en la guerra y no su rechazo lo que llevó la revolución al poder.

La naturaleza y la acción política de los nuevos regímenes revolucionarios se analizan en otro lugar (véanse los capítulos V y XIII). Lo que nos interesa aquí es el proceso de la revolución en sí mismo. Las revoluciones que estallaron a mediados de siglo tras el final victorioso de largas guerras fueron distintas, en dos aspectos, de la revolución clásica de 1789 y de la de octubre, e incluso del lento hundimiento de viejos regímenes como la China imperial y el México de Porfirio Díaz (véase *La era del imperio*, capítulo 12). En primer lugar —y en esto recuerdan a los golpes militares triunfantes— no había dudas respecto a quién había hecho la revolución o a quién ejercía el poder: el grupo (o grupos) político vinculado a las victoriosas fuerzas armadas de la URSS, pues Alemania, Japón e Italia no habrían podido ser derrotadas *solamente* por las fuerzas de la resistencia, ni siquiera en China. (Naturalmente, los ejércitos victoriosos occidentales se opusieron a los regímenes dominados por los comunistas.) No existió interregno ni vacío de poder. A la inversa, los únicos casos en que un movimiento de resistencia fuerte no consiguió alzarse con el poder tras el hundimiento de las potencias del Eje, se dieron en aquellos países liberados en los que los aliados occidentales perpetuaron su presencia (Corea del Sur, Vietnam) o en los que las fuerzas internas de oposición al Eje estaban divididas, como ocurrió en China. En este país, los comunistas tendrían todavía que conseguir el poder, después de 1945, enfrentándose al gobierno del Kuomintang, corrupto y cada vez más débil, pero que también había luchado en la guerra. Por su parte, la URSS observaba los acontecimientos sin dar muestras del menor entusiasmo.

En segundo lugar, aplicar la estrategia de la guerra de guerrillas para alcanzar el poder significaba apartarse de las ciudades y de los centros indus-

triales, donde residía tradicionalmente la fuerza de los movimientos obreros socialistas, y llevar la lucha al medio rural. Más exactamente, dado que el entorno más adecuado para la guerra de guerrillas es el terreno montañoso y boscoso y la zonas cubiertas de matorrales, supone llevar la lucha a un territorio alejado de los principales núcleos de población. En palabras de Mao, el campo debía rodear a la ciudad antes de conquistarla. Por lo que respecta a la resistencia europea, la insurrección urbana —el levantamiento de París en el verano de 1944 y el de Milán en la primavera de 1945— hubo de esperar hasta que la guerra ya había terminado prácticamente, al menos en la región. Lo que ocurrió en Varsovia en 1944 fue el resultado que acarrea normalmente un levantamiento urbano prematuro. En suma, para la mayor parte de la población, incluso en un país revolucionario, la guerra de guerrillas como camino hacia la revolución suponía tener que esperar largo tiempo a que el cambio procediera desde fuera y sin que pudiera hacerse mucho para acelerarlo. Las fuerzas de la resistencia, incluida toda su infraestructura, eran tan sólo una pequeña minoría.

Naturalmente, la guerrilla necesitaba contar con el apoyo de una gran parte de la población, entre otras razones porque en los conflictos prolongados sus miembros se reclutaban mayoritariamente entre la población local. Así (como ocurrió en China), los partidos de los trabajadores industriales y los intelectuales dejaron paso a ejércitos de antiguos campesinos. Sin embargo, su relación con las masas no era tan sencilla como lo sugieren las palabras de Mao de que la guerrilla es como un pez que nada en el agua de la población. En los países favorables a la guerrilla casi cualquier grupo de proscritos cuyo comportamiento fuera considerado adecuado, según los criterios locales, podía gozar de una amplia simpatía en su lucha contra los soldados extranjeros invasores, o también contra los representantes del gobierno nacional. Sin embargo, por las profundas divisiones que existen en el campo, conseguir amigos significaba automáticamente arriesgarse a tener enemigos. Los comunistas chinos que establecieron sus zonas soviéticas rurales en 1927-1928 descubrieron, con injustificada sorpresa, que convertir a su causa una aldea dominada por un clan ayudaba a establecer una red de «aldeas rojas» basadas en clanes relacionados con aquél, pero también les involucraba en la guerra contra sus enemigos tradicionales, que constituían una red similar de «aldeas negras». «En algunos casos —se lamentaban—, la lucha de clases pasaba a ser la lucha de una aldea contra otra. Se daban casos en que nuestras tropas tenían que asediar y destruir aldeas enteras» (*Rate-China*, 1973, pp. 45-46). Los más avisados guerrilleros revolucionarios aprendían a navegar en aguas tan procelosas, pero —como recuerda Milovan Djilas en sus memorias de la guerra partisana yugoslava— la liberación era una cuestión mucho más compleja que el simple levantamiento unánime de un pueblo oprimido contra los conquistadores extranjeros.

VII

Pero esas reflexiones no podían turbar la satisfacción de los comunistas que se encontraban al frente de todos los gobiernos entre el río Elba y el mar de China. La revolución mundial que inspiraba sus acciones había progresado visiblemente. Ya no se trataba únicamente de la URSS, débil y aislada, sino que de la segunda gran oleada de la revolución mundial, encabezada por una de las dos potencias del mundo a las que podía calificarse de superpotencias (el término superpotencia se utilizó ya en 1944) habían surgido, o estaban surgiendo, una docena de estados. Por otra parte, el ímpetu de la revolución mundial no se había agotado, como lo atestiguaba el proceso en curso de descolonización de las antiguas posesiones imperialistas de ultramar. ¿No cabía esperar que ese proceso impulsara un nuevo avance de la causa comunista? ¿Acaso la burguesía internacional no temía por el futuro de lo que quedaba del capitalismo, al menos en Europa? ¿Acaso los industriales franceses emparentados con un joven historiador no se preguntaban, mientras reconstruían sus fábricas, si a fin de cuentas la nacionalización, o simplemente el ejército rojo, no serían la solución final a sus problemas, sentimientos que, como recordaría más tarde, cuando ya se había convertido en un conservador, confirmaron su decisión de unirse al Partido Comunista francés en 1949? (Le Roy Ladurie, 1982, p. 37). ¿Acaso no le dijo un subsecretario de comercio de los Estados Unidos al presidente Truman en marzo de 1947 que la mayor parte de los países europeos estaban al borde del abismo, en el que podían caer en cualquier momento, y que muchos otros estaban gravemente amenazados? (Loth, 1988, p. 137).

Tal era el estado de ánimo de los hombres y mujeres que salieron de la ilegalidad, de la guerra y de la resistencia, de las cárceles, de los campos de concentración o del exilio, para asumir la responsabilidad del futuro de sus países, la mayor parte de los cuales no eran más que un montón de ruinas. Tal vez algunos de ellos observaron que, una vez más, el capitalismo había resultado más fácil de derribar donde era débil, o apenas existía, que en sus centros neurálgicos. Pero ¿podía alguien negar que el mundo había dado un decisivo giro hacia la izquierda? Si los gobernantes y los políticos comunistas de estos estados transformados tenían alguna preocupación en el período inmediatamente posterior a la guerra, no era el futuro del socialismo. Lo que les preocupaba era cómo reconstruir unos países empobrecidos, exhaustos y arruinados, en medio de poblaciones en algunos casos hostiles, y el peligro de que las potencias capitalistas iniciaran una guerra contra el bando socialista antes de que se hubiera consolidado la reconstrucción. Paradójicamente, eran los mismos temores que perturbaban el sueño de los políticos e ideólogos occidentales. Como veremos, la guerra fría que se enseñoreó del mundo tras la segunda oleada de la revolución mundial fue una confrontación de pesadillas. Estuvieran o no justificados, los temores que existían en el este y en el oeste formaban parte de la era de la revolución mundial naci-

da en octubre de 1917. Pero esa era estaba a punto de finalizar, aunque tendrían que transcurrir otros cuarenta años antes de que fuera posible escribir su epitafio.

Sin embargo, esta revolución ha transformado el mundo, aunque no en la forma en que lo esperaban Lenin y quienes se inspiraron en la revolución de octubre. Fuera del hemisferio occidental, bastan los dedos de las dos manos para contar los pocos estados que no han pasado por alguna combinación de revolución, guerra civil, resistencia y liberación frente a la ocupación extranjera, o por la descolonización preventiva de unos imperios condenados en una era de revolución mundial. (Gran Bretaña, Suecia, Suiza y, tal vez, Islandia son los únicos países europeos excluidos.) Incluso en el hemisferio occidental, sin contar los numerosos cambios violentos de gobierno que en el contexto local se describen como «revoluciones», se han registrado grandes revoluciones sociales —en México, Bolivia, la revolución cubana y sus sucesoras— que han transformado el mundo latinoamericano.

Se han agotado ya las revoluciones realizadas en nombre del comunismo, pero es todavía demasiado pronto para pronunciar una oración fúnebre por ellas, dado que los chinos, que son la quinta parte de la población del mundo, continúan viviendo en un país gobernado por el Partido Comunista. No obstante, es evidente que el retorno al mundo de los regímenes que dominaban antes en esos países es tan imposible como lo fue en Francia tras la era revolucionaria y napoleónica o como lo ha sido el retorno de las ex colonias a la vida precolonial. Aun en los casos en que ha fracasado la experiencia comunista, el presente de los países ex comunistas, y presumiblemente su futuro, lleva, y continuará llevando, la impronta específica de la contrarrevolución que sustituyó a la revolución. Será imposible eliminar la era soviética de la historia rusa y de la historia del mundo, como si no hubiera ocurrido. Es imposible que San Petersburgo pueda volver a ser lo que era en 1914.

Las repercusiones indirectas de la era de insurrecciones posterior a 1917 han sido tan profundas como sus consecuencias directas. Los años que siguieron a la revolución rusa contemplaron el inicio del proceso de emancipación colonial y en Europa la política de la contrarrevolución salvaje (en forma del fascismo y de otros movimientos similares; véase el capítulo IV) y la política socialdemócrata. A menudo se olvida que hasta 1917 todos los partidos obreros y socialistas (fuera del territorio periférico de Australasia) habían decidido ejercer una oposición permanente hasta el advenimiento del socialismo. Los primeros gobiernos socialdemócratas o de coalición (fuera de la zona del Pacífico) se constituyeron en 1917-1919 (Suecia, Finlandia, Alemania, Australia y Bélgica, a los que siguieron, pocos años después, Gran Bretaña, Dinamarca y Noruega). Muchas veces olvidamos que la moderación de esos partidos era en gran parte una reacción al bolchevismo, como lo era también la disposición del viejo sistema político a integrarlos.

En suma, la historia del siglo xx no puede comprenderse sin la revolución rusa y sus repercusiones directas e indirectas. Una de las razones de

peso es que salvó al capitalismo liberal, al permitir que Occidente derrotara a la Alemania de Hitler en la segunda guerra mundial y al dar un incentivo al capitalismo para reformarse y (paradójicamente, debido a la aparente inmunidad de la Unión Soviética a los efectos de la Gran Depresión) para abandonar la ortodoxia del libre mercado. De esto nos ocuparemos en el próximo capítulo.